

#02

**EL TEATRO Y LA
INFANCIA**



engo bastante curiosidad por saber qué les parece esto (que, por cierto, está tomado directamente del *Diccionario de la Lengua Española*): persona. Del lat. *persona* ‘máscara de actor’, ‘personaje teatral’...



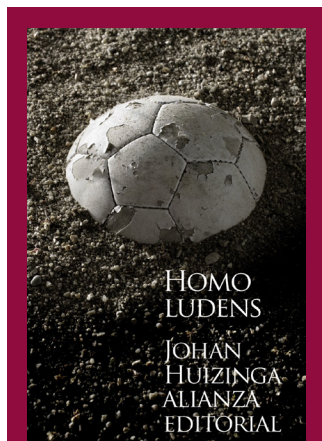
Señala Isabel Tejerina, en un libro imprescindible (Tejerina, 1994, p. 7) que la primera aproximación de la infancia al fenómeno del teatro, aun cuando no tenga conciencia de ello, se produce con el juego espontáneo. Para ella, esto es un primer modo de acercamiento genuino de la infancia al teatro, porque mediante el juego se reviven hechos reales, se simbolizan arquetipos, se ficcionalizan preocupaciones y deseos y, por supuesto, se llevan a cabo actividades que son inherentes a la práctica teatral. Es un hecho incuestionable que mediante el juego, entre otras cosas, ensayamos papeles que no nos corresponden e inventamos situaciones.

De la importancia del juego como constituyente de la cultura se ocupó hace ya mucho tiempo, en 1938, un gran historiador neerlandés llamado Johann Huizinga. Lo hace en un libro ya clásico titulado *Homo ludens* (frente a la definición habitual del ser humano como *homo sapiens*, esto es, 'hombre que piensa', Huizinga propone la de 'hombre que juega'). A pesar del mucho tiempo transcurrido, su conceptualización del juego (Huizinga, 2012, pp. 54-55) sigue siendo imprescindible. Para Huizinga, en primer lugar, el juego es una acción u ocupación

libre, que se elige sin obligación ni condicionamientos previos. En segundo lugar, el juego se desarrolla dentro de unos límites temporales y espaciales determinados, que no son los de la vida propiamente dicha,

sino que encuentran su razón de ser en el «como si», auténtica condición de posibilidad del aprendizaje (una de las lecciones de esta asignatura la dedicaremos por completo, de hecho, a la lógica del «como si»; una condición de posibilidad es, aclaremos, aquella sin la cual una determinada realidad no puede existir, por lo que intentaremos demostrar que no es posible el aprendizaje sin el «como si»). En tercer lugar, el juego se desarrolla según unas reglas que, si bien son obligatorias y eso no puede evitarse, también son libremente asumidas y aceptadas, lo que le confiere una muy relevante dimensión social y socializadora. En cuarto lugar, el juego es una acción que encuentra su fin en sí misma, que no tiene motivaciones extrínsecas y que, por lo tanto, es improductiva. Por último, y esto es de suma importancia para la dramatización y el teatro, el juego es una acción que va acompañada de un sentimiento de tensión y alegría

y de la conciencia de «ser de otro modo» a como se es en la vida corriente. Dicho de otra manera: jugar es siempre, en el fondo, jugar a ser otros. Por eso es tan importante hacerlo.



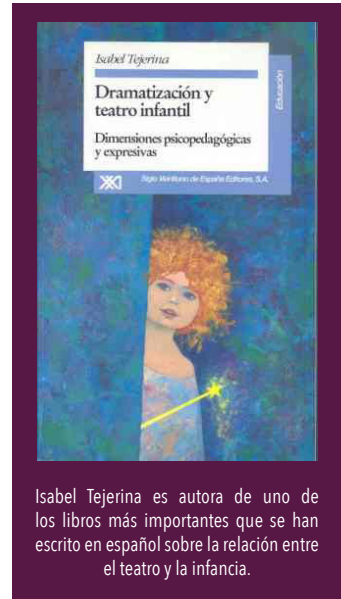
Johan Huizinga puso de manifiesto, en 1938, las profundas raíces antropológicas del juego.

LOS NIÑOS COMO ANTIADORES

Ya hemos visto cuál es el origen de la palabra *persona* y cómo está relacionado con el teatro. Recurrimos de nuevo a Isabel Tejerina (1994, pp. 7-8), quien plantea una idea interesante: la de los niños como *actores natos* o *antiactores*. Veamos. Cuando los niños se centran en el juego espontáneo, hacen imitación de diferentes y variados personajes, lo que nos llevaría a pensar que son actores por naturaleza. Pero hay una diferencia fundamental: los niños no tienen todavía un papel fijo en la

vida, como sucede con los adultos, ni tampoco tienen formada la personalidad, por lo que es normal que, en su afán imitatorio, exploren y ensayen con los distintos roles que encuentran en su entorno y que les atraen.

Pero en ese empeño pueden ser definidos como *antiactores*. ¿Por qué? Pues porque los niños, señala Tejerina, quieren saberlo todo, mientras que los adultos, menos dados a la exploración y la búsqueda, tenemos una máscara única y difícil de borrar que nos inhibe. Mientras que en los adultos hay conciencia de representación, en los niños no, porque apenas existe distancia entre ellos y el papel que representan en cada momento. Por ello, los juegos teatrales les ayudan a conocer mejor la realidad y a tomar conciencia de sí mismos, experimentando con los diversos papeles que perciben en los adultos. La tendencia que tienen a hacer eso, por cierto, no significa que los niños sean intérpretes, sino más bien que tienen una capacidad de imitación natural que hace que no les cueste demasiado encarar el papel elegido en cada momento.



LA DRAMATIZACIÓN COMO PROCESO

En un libro que ya citamos en la primera lección de la asignatura, Juan Cervera (1992, pp. 149-155) habla de ciertos condicionamientos que acompañan a la dramatización y al teatro. Es importante tener en cuenta que la dramatización es el proceso de construcción de un producto teatral, mientras que el teatro es el fruto último de la dramatización. Esta, de hecho, precede al teatro, porque nos brinda la oportunidad de iniciar un proceso exploratorio que, después, nos permite acceder a la complejidad de un fenómeno tan complejo como el teatro. Ese proceso, además, se define por algunos componentes importantes.

En él, como señala Cervera, el trabajo en grupo es imprescindible, pero no porque los grupos se formen para competir, sino porque lo ha-

cen para contribuir al enriquecimiento mutuo. La dramatización debe plantearse como una actividad, ante todo, lúdica, que nos encamine a conseguir un buen producto teatral sin la presión de no poder permitirnos fallar ni equivocarnos por el camino. Estamos hablando de un trabajo en libertad: el educador planea los ejercicios, pero las metas las fija de acuerdo con los educandos. Esto nos lleva a cambiar la forma habitual de afrontar la relación entre el profesor y los alumnos, puesto que la corrección del primero es reemplazada por la autocorrección de los segundos. De este modo, puede abordarse mejor el problema de la inhibición, porque, si bien en la fase de creación se suele producir un clima de igualdad que hace que la inhibición no tenga sentido, más tarde, en la fase de creación, lo normal será que la inhibición aparezca de nuevo. El proceso de dramatización es un buen momento a la hora de prepararnos para vencerla. Tengamos en cuenta que, aunque la palabra es uno de sus recursos expresivos, el drama se expresa por la acción. Y la acción ha de ser entendida por sí misma.